

El modelo de bienestar en la Europa del Sur y la lucha contra la pobreza y la exclusión social♦

ENZO MINGIONE Y DAVID BENASSI*

RESUMEN

La pobreza urbana que comenzó a hacerse ostensible durante la Revolución Industrial ha evolucionado en los últimos siglos, pero sigue presente, bajo otras formas, en las sociedades contemporáneas más avanzadas. Los cambios económicos y sociales, rápidos y profundos, a los que están expuestas estas sociedades alteran las condiciones de vida de las personas, empujando a la pobreza a quienes carecen de recursos de diverso tipo para adaptarse a ellos. En los países de la Europa del Sur, las familias han proporcionado tradicionalmente un apoyo clave para aliviar la situación de aquellos de sus miembros en riesgo de pobreza. Pero, en un contexto de familias más reducidas y sobrecargadas con responsabilidades que en otros regímenes de bienestar asumen el Estado o el mercado, las redes familiares pierden capacidad en la provisión de bienestar. La combinación de Estados sociales débiles y familias crecientemente sobrecargadas, característica del modelo de bienestar de la Europa meridional, no protege eficazmente contra el riesgo de pobreza.

sociedades industriales, caracterizado por la expansión de la urbanización y el crecientemente marcado individualismo. Como ya señalaron Adam Smith, Alexis de Tocqueville y, más tarde, Karl Polanyi, la transformación industrial erosiona la protección tradicional de la comunidad y expone a los individuos a la competencia del mercado (mercantilización). Aquellos que, por diversas razones (edad, enfermedad o discapacidad, carencia de habilidades profesionales, etc.), no consiguen obtener en el mercado los recursos necesarios para vivir, acaban siendo económicamente dependientes de la ayuda de la familia, los parientes, los vecinos, la caridad o las organizaciones de bienestar y, cada vez más, del Estado. Más allá de estas formas de apoyo, los hogares y los individuos se encuentran en situación de pobreza si carecen de recursos suficientes para satisfacer las necesidades consideradas socialmente básicas.

1. INTRODUCCIÓN

La cuestión de la pobreza, tal como hoy la entendemos, surge con el desarrollo de las

Las diversas fases del desarrollo industrial han provocado el surgimiento de nuevos riesgos de pauperización (y, en consecuencia, de diferentes modos de combatirla), empezando por la miseria en las ciudades victorianas y la indigencia que se extendía entre el campesinado en el continente europeo, hasta formas de pobreza urbana típicas de la sociedad posindustrial actual (Mingione, 1996; Benassi y Morlicchio, 2019) y exclusión social (Castel, 1996; Sassen, 2014).

♦ Traducción de la lengua inglesa de Elisa Chulía.
* Universidad de Milano-Bicocca (enzo.mingione@unimib.it, david.benassi@unimib.it).

La cuestión se complica por el hecho de que la pobreza moderna no es un problema estático, sino, más bien, un proceso dinámico por el cual la persistencia de dificultades deriva en marginación social, que, con el tiempo, puede empeorar y transmitirse a generaciones futuras. La pobreza crónica no impone solo condiciones de vida que socavan la integración en la comunidad y la autoconfianza individual. También inhibe la inversión de recursos en actividades conducentes a la reinserción social, como la sanidad, la educación básica y la actualización de habilidades profesionales. En este sentido, la pobreza, cuando no es simplemente una adversidad temporal, constituye una cuestión social de gran importancia y se convierte en una suerte de circuito perverso desde el cual resulta cada vez más difícil salir. En este cuadro tan complejo hunden sus raíces las lógicas subyacentes a las políticas sociales que combaten la pobreza.

En el próximo apartado abordamos la cuestión de la diversidad sociocultural en el análisis de los regímenes de bienestar. Después enfocamos la atención en las características distintivas del modelo de bienestar de la Europa del Sur, en comparación con otros modelos. En los apartados 4 y 5 trazamos las peculiaridades de la pobreza y de las políticas de bienestar en los países meridionales de Europa, respectivamente, prestando especial atención a los cambios que ha provocado la transición posindustrial y la crisis económica que arrancó en 2008.

2. PROBLEMA Y CONTEXTO: APUNTES SOBRE LA INTERPRETACIÓN HISTÓRICA Y COMPARATIVA DE LOS REGÍMENES DE BIENESTAR

La transición de las sociedades agrícolas a las industriales provocó no una, sino tres formas diferentes de pobreza, que alcanzaron su punto álgido durante el siglo XIX. En Inglaterra, tras una desruralización temprana, la pobreza afectó particularmente a buena parte de la población urbana, que quedó expuesta a un mercado de trabajo precariamente regulado en el cual el exceso de oferta empujaba a la baja los salarios, convirtiendo la vida en las ciudades en algo verdaderamente terrible (Morlicchio,

2012). Además, la elevada movilidad imposibilitó prácticamente la búsqueda de ayuda de la familia, de los amigos y de la comunidad local. Los informes de comisiones parlamentarias de la segunda mitad del siglo (*Blue Books*) revelaron una extensa pobreza en todas las ciudades industriales. Los primeros estudios sobre pobreza urbana de Booth (1889) en Londres y de Rowntree (1901) en York confirmaron esta penosa situación. El de Rowntree arrojó luz sobre un vínculo recurrente y generalizado entre la pobreza y el ciclo biográfico de los trabajadores: los momentos de mayor adversidad coincidían con el nacimiento y la infancia temprana de la progenie —especialmente en familias grandes— y con la vejez, cuando los trabajadores ya no eran capaces de permanecer en el mercado de trabajo y carecían de la protección de un sistema de pensiones o de la ayuda prestada por sus hijos.

Durante el mismo periodo, en los países de Europa continental e Irlanda la proliferación de la pobreza urbana encontró un límite en los estrechos vínculos de solidaridad que la clase trabajadora recientemente urbanizada mantenía con sus familiares y parientes, y con la comunidad rural de origen (Tilly y Scott, 1987). Era frecuente en estos contextos la solidaridad entre agricultores y trabajadores, así como también otras formas de solidaridad e intercambio dentro de la red familiar que permitían a los trabajadores seguir adelante, disfrutando de los recursos y del apoyo de la familia en el campo, sobre todo, en las fases cruciales de la formación de nuevas familias y durante la vejez. Mientras tanto, los agricultores con familiares obreros podían contar con pequeñas ayudas económicas externas para mitigar el impacto de la competencia y el endeudamiento en el campo. Este proceso de modernización supuso la adaptación y persistencia de las tradiciones de la comunidad rural, que marcaron tanto los modos de desarrollo industrial como la cultura de muchas comunidades de emigrantes. Lo cierto es que los campesinos expuestos a la competencia global de la agricultura mecanizada sufrieron un empobrecimiento que obligó a millones de familias a emigrar. En algunos países de desarrollo tardío, especialmente en el sur de Europa, la pobreza rural y la emigración han persistido a lo largo de un periodo mucho más largo, casi hasta que algunos de ellos (España e Italia, en particular) se convirtieron en países de inmigración desde los países en desarrollo.

En los países de inmigración –sobre todo, en los Estados Unidos, aunque también en Canadá, Australia y Nueva Zelanda–, la pobreza tuvo un impacto selectivo sobre la vida de los inmigrantes y las experiencias de integración. Para muchos inmigrantes, las dificultades se concentraban en los periodos iniciales, pero para los grupos más discriminados e incapaces de organizar una solidaridad comunitaria estable, las dificultades permanecían y eran transmitidas de una generación a la siguiente, causando el fracaso de proyectos migratorios. Es ilustrativo el caso de los trabajadores chinos que construyeron el ferrocarril transcontinental en Estados Unidos. Mientras que, más tarde, los inmigrantes chinos fueron capaces de establecer comunidades de protección (Chinatown), en esta primera fase de inmigración china, tanto la mortalidad como las cifras de repatriaciones y deportaciones fueron muy elevadas (Arrighi, 2009).

Hemos mencionado los tres tipos de pobreza en el primer estadio de la industrialización –la pobreza urbana, la pobreza rural y la pobreza inmigratoria– por dos razones. En primer lugar, esta división ilustra claramente que la exposición a un proceso de cambio similar puede tener muy diferentes consecuencias sobre la configuración del riesgo de pobreza. Como veremos más abajo, este hecho cobra en la actualidad incluso mayor importancia en el contexto de la globalización y la flexibilización del trabajo y la vida. Además, algunas características originales, en particular referidas a los modelos culturales, persisten en el tiempo. En los países meridionales de Europa, las formas típicas de gestionar la pobreza dentro de la familia y del grupo rural familiar todavía contribuyen hoy día a explicar los síndromes de pauperización y la debilidad de las políticas sociales para combatir la pobreza urbana, como se ha visto en la reciente crisis económica (Negri y Saraceno, 2018).

En los “30 años gloriosos” tras la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento económico ininterrumpido, la expansión del empleo masculino adulto en industrias centrales de elevada productividad, el consumismo, la expansión de la familia nuclear estable y el desarrollo de programas de bienestar estatal (Mingione, 1993) pusieron en cuestión la persistencia de la asociación entre industrialización y empobrecimiento. La combinación de crecimiento económico y creciente intervención estatal parecía reducir la pobreza a episodios temporales o accidentales,

susceptibles de ser controlados a través de políticas sociales (Benassi y Mingione, 2019). Solo después de las crisis del petróleo de los años setenta, del inicio de los drásticos procesos de desindustrialización y reestructuración económica, y de la crisis fiscal del Estado (O’Connor, 1973), el circuito perverso del empobrecimiento volvió a atraer la atención de los expertos, de la clase política y de la opinión pública

Los cambios rápidos y profundos afectaron a las tres áreas sobre las que se basaba el equilibrio de los diversos regímenes del capitalismo de bienestar (Esping-Andersen, 1990; Benassi y Mingione, 2019): (1) el empleo y el mercado de trabajo, (2) la familia y la población, y (3) la capacidad regulatoria del Estado y su intervención sobre el bienestar. Con respecto al área del empleo, la combinación de desindustrialización, terciarización y flexibilización contractual, junto con la entrada en el mercado de trabajo de un número creciente de mujeres casadas, confirió a las carreras laborales más inestabilidad y heterogeneidad, en detrimento de los trabajadores con baja cualificación y, en particular, de los jóvenes. En cuanto a la segunda área, el aumento de la esperanza de vida y de los matrimonios inestables, la expansión de familias “de facto” y los nacimientos de madre no casada han deteriorado la capacidad regulatoria y microredistributiva de la familia nuclear típica de la posguerra. Por último, la capacidad y la legitimidad del gasto público y de la intervención regulatoria del Estado-nación resultan cada vez más problemáticas ante el aumento y la diversificación de las necesidades sociales.

Las nuevas formas de pobreza y riesgo de exclusión social se hallan en la intersección de estos procesos de cambio. Individuos aislados, familias monoparentales o con muchos miembros, mayores que viven solos, inmigrantes y minorías muestran un elevado déficit de apoyo en las tres dimensiones clásicas del bienestar: la reciprocidad, la redistribución y el intercambio mercantil. A menudo no pueden confiar en el apoyo de los parientes; no consiguen acceder más que a empleos inestables, precarios, a tiempo parcial y escasamente retribuidos; sus prestaciones sociales son insuficientes y, al fin, quedan desprotegidos por un bienestar social más selectivo e incapaz de afrontar nuevos riesgos sociales. En un entorno en el cual las credenciales educativas y profesionales y las habilidades expresivas y comunicativas son importantes para la integración social, la

pobreza vuelve a convertirse en un circuito perverso de exclusión social. Ser pobre durante un largo periodo, incluso cuando se perciben prestaciones o algún tipo de asistencia, es una forma de “desintegración” que centrifuga a los individuos y disminuye la probabilidad de su recuperación. Esta deriva adquiere tintes más graves cuando la pobreza se concentra en vecindarios y grupos socialmente desfavorecidos en los que las condiciones de discriminación institucional agravan las dificultades habituales de la pobreza (Castel, 1996; Wilson, 1993).

Como ya se mencionó arriba, estos procesos de cambio presentan características y repercusiones que varían con el contexto. Antes de orientar la mirada hacia la pobreza actual en los países de la Europa del Sur y hacia las políticas sociales que tratan de combatirla, es preciso fijar la atención en los parámetros distintivos de los diferentes modelos de bienestar, con el fin de destacar los rasgos históricos específicos del modelo europeo meridional.

El enfoque comparativo de los sistemas de bienestar, bosquejado inicialmente por Richard Titmuss (1958), ofrece numerosas opciones¹. El problema estriba en que las tipologías comparativas, por lo general, tienen una profundidad histórica limitada, en la medida en que subrayan las diferencias de los modelos en un periodo específico, pero no indagan en los orígenes históricos y las trayectorias en las cuales se basan estas diferencias. Esping-Andersen (1999, p. 73) señala explícitamente este límite: “Cualquier tipología de los regímenes de bienestar (...) solo es válida mientras la historia permanezca estable”. Al plantear la situación en estos términos, abandona, sin embargo, la ambición de reconstruir los orígenes históricos de los diferentes modelos del capitalismo de bienestar que él distinguió en su libro *Los tres mundos del capitalismo de bienestar* (1990).

Es claro que el análisis histórico, al centrar el interés en la génesis cualitativa de cada caso particular, dificulta extraordinariamente una aproximación comparativa basada en investigación empírica contrastada. Pero estamos convencidos de que, bajo determinadas condiciones, conviene desarrollar una explicación

¹ Los estudios comparativos clásicos sobre las características nacionales de los diversos países son Rimlinger (1971), Titmuss (1976), Flora y Heidenheimer (1981), Flora (1986) y Esping-Andersen (1990). Análisis más recientes pueden encontrarse en Bonoli (1997), Esping-Andersen (1999) y Arts y Gelissen (2002).

histórica comparativa, aun cuando ello dificulte el uso de datos estadísticos y prime claramente la narrativa explicativa. En la explicación de las diferencias y los procesos de cambio priorizamos, por tanto, la narrativa histórica cualitativa, descartando aproximaciones alternativas, más efectivas en términos de verificación empírica, pero más vulnerables a la distorsión determinista².

En el centro de nuestra narrativa se encuentra la idea, propuesta por Polanyi (1944), según la cual los modelos de desarrollo industrial se caracterizan por la necesidad de ofrecer garantías suficientes para la supervivencia dentro del proceso de mercantilización típico del capitalismo; es decir, de contrarrestar o compensar la vulnerabilidad resultante de este proceso a través de formas de desmercantilización (Mingione, 2018). Tres instituciones, que históricamente se consolidaron (al menos, en parte) de diferente modo, activan este proceso de compensación. La tipología original de Esping-Andersen se funda en el predominio (dentro de cada combinación de bienestar) de una de las tres áreas básicas para producir recursos, servicios y protección a los individuos: el mercado, el Estado y la familia-comunidad. El mercado predomina en el modelo *laissez-faire*; el Estado, en el modelo socialdemócrata; y la familia, en el modelo conservador. Integrando en esta clasificación una narrativa histórica que presta atención a los orígenes y al desarrollo de la diferenciación, es posible explicar las razones de la diferenciación de los tres modelos respondiendo a preguntas como las de por qué un país deriva hacia un modelo en lugar de hacia otro, cuáles son las diferentes dinámicas de cambio y sus consecuencias (Mingione, 1997).

Si se adopta este enfoque de investigación, ningún modelo de desarrollo puede considerarse como un estadio más avanzado que otros, lo cual elimina una carga importante de confusión ideológica. Hay quien admira sin reservas el modelo socialdemócrata, creyendo ilusamente que puede aplicarse en cualquier lugar de la misma forma que se ha desarrollado en los países escandinavos³. Otros están conven-

² Véase Mingione (1993 y 1997).

³ No se discute aquí la preferibilidad política de los mecanismos redistributivos universales. Más bien nos referimos a los modos específicos en los que los diferentes modelos de bienestar alcanzan objetivos universalistas. En este sentido, las fórmulas escandinavas no son exportables a países más grandes y heterogéneos, completamente integrados en las dinámicas de la competencia económica internacional.

cidos de la superioridad del modelo americano, una máquina de creación de puestos de trabajo que genera oportunidades de empleo flexible, ignorando, sin embargo, la existencia de una proporción elevada de “trabajadores pobres” y la expansión de mecanismos de control policial y penal. En cambio, a las variantes de regímenes de bienestar de la Europa del Sur se las ha solido tildar de “rezagadas” hasta la segunda ruptura industrial (Piore y Sabel, 1984), el éxito económico del sistema basado en las pequeñas empresas y el milagro económico español de los ochenta y noventa. Como consecuencia de esta aproximación etnocéntrica, no se prestó atención al modo de modernización que pivotaba en la familia empresarial y las comunidades de producción (distritos industriales, redes de subcontratación, etc.). En general, el mismo concepto de modernización se servía de rígidos parámetros economicistas, inspirados en las experiencias de los países anglosajones. Estos parámetros han tendido a soslayar la variedad de experiencias en las que tradiciones culturales diversas se han adaptado de diferentes modos.

3. EL MODELO DE BIENESTAR DE LA EUROPA DEL SUR

Aunque la Europa del Sur está compuesta por cuatro países –Italia, España, Portugal y Grecia–, conviene tratar por separado la Italia meridional y la septentrional, cuyos rasgos específicos ilustran mejor el rango de diversidad dentro del mismo modelo. Además, al singularizar el caso del norte de Italia, se puede verificar la compatibilidad entre las características constitutivas del modelo de bienestar y los elevados niveles de afluencia y desarrollo industrial.

Los rasgos más distintivos del modelo de la Europa del Sur son, primero, una elevada proporción de pequeñas empresas y trabajadores autónomos en el tejido productivo, compensada por una débil proletarianización de la economía y una baja tasa de empleo femenino; y segundo, la delegación en las familias (incluyendo a la red de parientes) de buena parte de la responsabilidad de la prestación de servicios de bienestar⁴. Como apunta Ferrera (1998, p.p.

⁴ Véanse, entre otros, Esping-Andersen (1996), Mingione (1995 y 1997), Moreno (2006) y Mari-Klose y Moreno (2013).

82-83), estas características se plasman en un sistema de bienestar bismarckiano, fragmentado profesionalmente, típico, al fin y al cabo, de toda la tradición de bienestar conservadora, pero que se distingue por la ausencia de un sistema de protección básica mínima, por un amplio particularismo y por un déficit considerable de servicios públicos. Todo ello concuerda con un estatismo débil. En virtud de las modalidades institucionales resultantes de la débil alianza histórica entre las elites económicas y políticas durante el desarrollo de los programas de bienestar, es razonable considerar a los países de la Europa del Sur como integrantes de una categoría distinta, caracterizada por aparatos estatales escasamente efectivos que abonan el particularismo y por una fuerte subsidiaridad respecto a la familia, la comunidad y el tercer sector (Ferrera, 1996). En estos casos, el proceso de desfamilización (Trifiletti, 1999) –la retirada de la responsabilidad familiar, sobre todo, en los ámbitos de la educación y la sanidad– tan característico del desarrollo de los Estados de bienestar no excluye la asunción de nuevas responsabilidades por parte de las familias y su especialización complementaria en los servicios de cuidado, asumidos fundamentalmente por las mujeres.

La subsidiaridad maximiza las responsabilidades familiares y el recurso a la solidaridad voluntaria. Se convierte así, en cierto sentido, en una alternativa al desarrollo de una red estructurada de protección social básica. También el tercer sector –en particular, las tradicionales instituciones caritativas– adquiere un significado diferente respecto a otros contextos (Evers y Laville, 2004), puesto que, en lugar de hallarse incorporado en (o coordinado por) el sistema de bienestar estatal, se mantiene relativamente independiente y opera como un complemento directo a las responsabilidades familiares. Además, las continuas olas de emigración (hasta tiempos relativamente recientes) inhibieron, en cierto modo, el desarrollo de programas de formación e inserción laboral de la gente joven. De hecho, el desempleo juvenil es todavía una experiencia muy extendida en la Europa del Sur, como se verá más adelante. La intervención del Estado se orientó fundamentalmente a la protección de la figura del “varón sustentador” (*male breadwinner*), en tanto generador principal de los ingresos familiares, por encima de los jóvenes y las mujeres.

Si las elevadas tasas de desempleo juvenil de larga duración no conducen automáticamente a condiciones de pobreza, es precisamente porque en el modelo de bienestar de la Europa meridional las políticas públicas dan por supuesta la solidaridad familiar fuerte, incluso cuando, por alguna razón, la familia no es capaz de apoyar a sus miembros. En Italia, este sistema se ha denominado “familismo forzado” (Gambardella y Morlicchio, 2005).

En la trayectoria histórica de estos países encontramos, por una parte, dualismos persistentes de empresas grandes y pequeñas, de trabajadores empleados y autónomos, así como también de estructuras económicas, locales y culturales contrarias a la homogeneización; y por otra parte, aparatos estatales débiles, con escaso interés, legitimación y recursos para impulsar políticas regulatorias universalistas. Por ello, la actividad laboral informal, la evasión fiscal extendida, el particularismo, el localismo y el clientelismo se han convertido en propiedades endémicas de este modelo. En efecto, la fragmentación y el desempeño particularista, incluso en programas centralizados y cuando ni siquiera existe una autonomía local fuerte, son distintivos de este modelo de bienestar estatal⁵.

Por lo que se refiere al familismo, esta característica del modelo ha de leerse en términos cualitativos, yendo más allá de los datos de participación laboral femenina, que, en general, es baja. La familia como oferente de servicios de bienestar implica amas de casa a tiempo completo, pero también, cada vez más, mujeres con doble jornada, que puede resultar particularmente onerosa en situaciones críticas y determinadas fases de la biografía familiar (Saraceno, 1998; Naldini y Saraceno, 2008). El recurso a la familia se convierte en una forma de subsidiaridad estructural que permea el edificio institucional y cultural por completo, aunque resulte muy difícil de detectar, dado que concurre con políticas familiares muy débiles. Como muestra Saraceno (1998, p. 104), las prestaciones a las familias –las principales medidas de política familiar en el sistema de bienestar italiano– acaban beneficiando a los mayores y reforzando la protección contra los riesgos de la edad avanzada, también típica del capitalismo de bienestar de la Europa del Sur.

⁵ Véanse, entre otros, Kazepov (1996), Fargion (1998), Moreno (2004 y 2006), Mari-Klose y Moreno-Fuentes (2013), Guillen y León (2011).

En estos países, casi todos los riesgos sociales se abordan partiendo del supuesto de que a la familia y a las redes familiares les corresponde la responsabilidad primaria de protección, mientras que el Estado interviene residualmente, a menudo solo después de las organizaciones no gubernamentales. Diríase que el modelo de la Europa del Sur lleva demasiado lejos el régimen del “varón sustentador” de la familia, tendiendo a exagerar la protección de los mayores, los únicos para los cuales el apoyo económico de la familia no se da por supuesto. También entre la población de más edad, la protección estatal favorece las prestaciones dinerarias sobre los servicios que, de nuevo, se delegan en la familia; en buena medida, en las hijas y nueras de las personas mayores. Por otra parte, la penetración de la cultura familista favorece que las relativamente generosas pensiones se redistribuyan en el seno de la familia, sobre todo, para respaldar a algunos desempleados jóvenes (obviamente, al margen de cualquier lógica universalista de bienestar).

La estructura familista tiene repercusiones demográficas, tales como la mayor importancia de las redes familiares, la cohabitación más prolongada entre padres e hijos adultos hasta el (tardío) matrimonio y la caída pronunciada de la tasa de fecundidad. Si en el pasado la menor incidencia de formas de inestabilidad familiar –divorcio, familias “de facto”, familias monoparentales y recompuestas– se compensaba con una sobrecarga de responsabilidades sobre el cabeza de la familia, hoy día los profundos cambios en las pautas de formación familiar que se han producido también en estos países han reducido drásticamente la capacidad de protección de este modelo de solidaridad. Bajo las condiciones actuales, algunas formas de apoyo que antes se prestaban a miembros de las redes familiares en situaciones menos críticas ya no son fácilmente practicables. La llegada de inmigrantes ha creado un mercado al que recurren las familias para satisfacer sus necesidades de cuidado, pero no sin algunas consecuencias negativas relevantes, como la (a menudo) baja calidad de los servicios de cuidado, su elevado coste privado, inasequible para muchas familias, y la creación de un mercado informal con casos frecuentes de abuso o explotación.

Además, el cortocircuito entre los cambios demográficos y ocupacionales tiene un impacto que no puede ser ignorado. Si bien

tras la crisis se han introducido algunas nuevas formas de protección de los desempleados, en los países europeos meridionales la protección de este colectivo resulta, en gran medida, de la combinación entre solidaridad familiar y comunitaria voluntaria, empleo estable de los “varones sustentadores” y solvencia de las pequeñas empresas. Del lado de los empleados, la terciarización y la flexibilización precarizan el empleo masculino, debilitando uno de los elementos centrales del modelo meridional de protección social. Por añadidura, la entrada masiva de las mujeres en el mercado de trabajo en los últimos 25 años ha reducido la eficacia del modelo.

Dicho de manera sencilla, aunque no tan evidente, cabe afirmar que mientras las madres y las abuelas procuren servicios de cuidado gratuitamente, no incluidos en la contabilidad pública y privada, no cabe esperar que en este área se desarrollen muchas oportunidades ocupacionales. Las repercusiones de este equilibrio no son insignificantes, toda vez que afectan tanto a las dinámicas de transformación del modelo, como a las formas en las que se implanta y adapta culturalmente. En el caso de la Europa del Sur, las reformas de los Estados de bienestar resultan todavía más difíciles que en otras regiones europeas, al menos por tres razones confluyentes: su elevado coste, dado el moderado gasto previo; su falta de plausibilidad política, habida cuenta de la débil legitimación política y burocrática de las decisiones centrales; y su discordancia con un modelo cultural consolidado de solidaridad familiar y comunitaria en la esfera voluntaria, que el proceso de modernización ha adaptado convenientemente a las nuevas condiciones sociales.

4. LOS SUJETOS DE LA POBREZA

Dado este modelo de bienestar, el perfil de los nuevos pobres en los países de la Europa del Sur también es diferente del que se encuentra en otros países europeos.

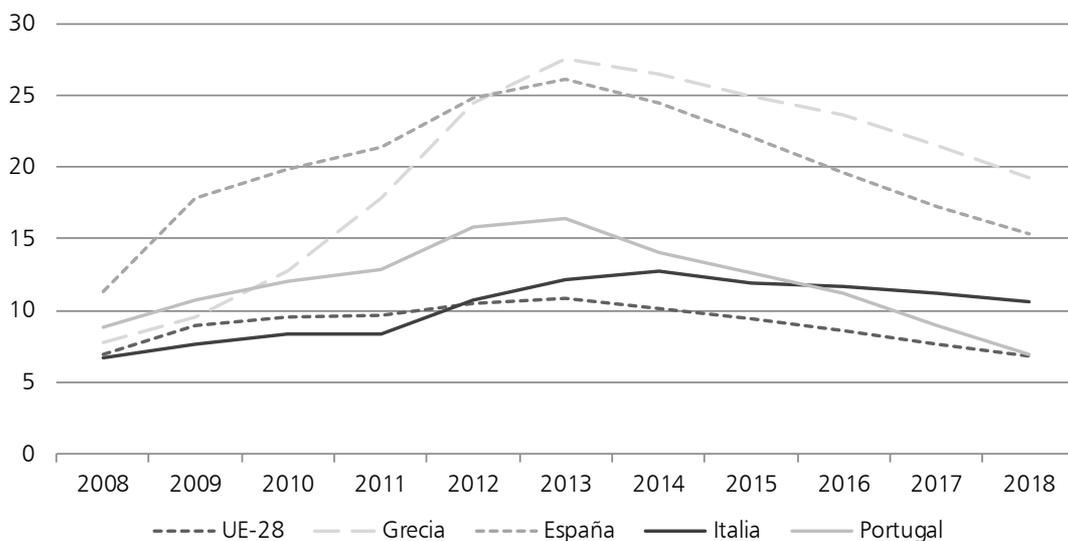
En cuanto a los procesos económicos que generan riesgos de pobreza, es importante empezar resaltando el hecho de que, salvo el norte de Italia y las regiones industriales españolas, todos los países meridionales han asistido

desde finales de los años setenta a una concurrencia excepcional de desruralización y desindustrialización tardía. En el resto de España y el sur de Italia, esta concurrencia se ha reflejado en altas tasas de desempleo (casi siempre superiores al 20 por ciento, en general, y más del 50 por ciento entre los jóvenes). En Grecia y, especialmente, en Portugal, por otra parte, la crisis del empleo se ha reflejado más en la emigración persistente, la expansión del empleo informal y estacional y de las microempresas marginales. La pobreza rural, todavía extendida en el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, se ha reducido, mientras que la pobreza urbana ha aumentado más que proporcionalmente, pero no a los niveles astronómicos que cabría haber esperado como resultado de las graves crisis del empleo. En términos generales, cabe distinguir dos razones explicativas de esta resiliencia: por una parte, los nuevos riesgos han sido, al menos parcialmente, absorbidos por un sistema familiar menos frágil que en otros países; por otro, en el proceso de transformación, la tradición de las pequeñas empresas y el autoempleo se han revitalizado, particularmente en los sectores de los servicios y el turismo, aunque también en la construcción y la industria, donde la reindustrialización ha avanzado generalmente, con la sola excepción de la Italia meridional. La crisis financiera de 2008 ha aumentado la proporción de población en riesgo de pobreza, manteniendo, sin embargo, los factores que tradicionalmente subyacen a la pobreza en estos países, agravados por la severidad de la contracción económica, su larga duración y la lenta recuperación. Aunque de menor entidad que la griega, la contracción económica en Italia, Portugal y España fue sustancial, alrededor del 10 por ciento (Matsaganis y Leventi, 2014; Helgason, 2019), y todos estos países han formado parte del grupo de los que más lentamente se han recuperado.

Las diferencias, tanto en la severidad de la crisis como en su duración, se aprecian en la evolución de las tasas de desempleo. Mientras en 2013, el peor de los años de este periodo, el desempleo en la Unión Europea aumentó 4 puntos respecto a 2008, en los países meridionales –y especialmente en Grecia y España– el incremento fue mucho mayor: más del triple en Grecia, y más del doble en España (en sus niveles más altos). Portugal registró un aumento del desempleo muy importante (del 8,8 por ciento en 2008 al 16,4 por ciento en 2013), seguido de

GRÁFICO 1

TASA DE DESEMPLEO EN LA EUROPA DEL SUR (2008-2018)



Fuente: Eurostat (<https://ec.europa.eu/eurostat/data/database>).

un rápido descenso, hasta alcanzar en 2018 un nivel más bajo que en 2008. Italia, que partía de una tasa de desempleo menor, asistió a su crecimiento hasta el 12,7 por ciento en 2013, pero, a diferencia de lo ocurrido en España y Portugal, este nivel de paro no ha decrecido sustancialmente desde entonces (gráfico 1). Los más afectados por el aumento del desempleo en la última década han sido los jóvenes: en todos los países de la Europa del Sur, el desempleo de los jóvenes (por debajo de 25 años) aumentó intensamente hasta el 50 por ciento y el 55 por ciento en Grecia y España, respectivamente, mientras que la media de la Unión Europea se situaba, en el peor momento, en el 23 por ciento. De nuevo, Italia y Portugal siguieron diferentes trayectorias de recuperación: mientras en Italia creció hasta el 42,7 por ciento en 2014, bajando ligeramente desde entonces, en Portugal alcanzó en 2018 un nivel más bajo que en 2008 (gráfico 2).

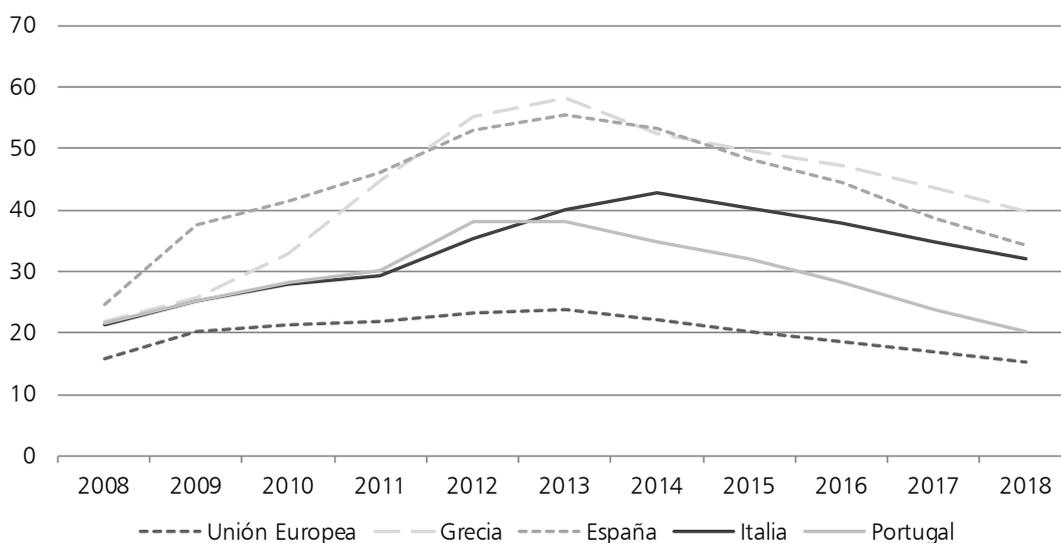
En los países de la Europa del Sur, la crisis no condujo a una modificación sustancial de las características definitorias de sus Estados del bienestar: se mantuvieron la fragmentación, el sesgo hacia las pensiones, la débil (o, en el caso de Italia y Grecia, hasta 2018 ausente) provisión de

rentas mínimas para las personas en situación de pobreza, la confianza en la eficiencia y solidaridad familiar (más allá incluso de los límites del hogar) y el escaso apoyo de políticas familiares (Ferrera, 1996, 2010; Karamessini, 2008). En realidad, la crisis puso fin, o ralentizó sustancialmente, el proceso de recalibración o modernización iniciado en los años noventa (con más intensidad en España y Portugal que en Italia y, sobre todo, que en Grecia)⁶. Al mismo tiempo, la protección por desempleo se debilitó con la introducción de cambios restrictivos en la regulación, aun cuando el gasto público total en este área creció, dadas las crecientes tasas de paro (Baldini, Busilacchi y Gallo, 2018). Por lo demás, también se detuvo, o se ralentizó, el crecimiento de la participación laboral femenina, que se había hecho ostensible en los noventa, aumentando así el número de hogares con un único ingreso, que, tras los hogares con todos los miembros desempleados, son los más vulnerables a la pobreza. Grecia e Italia no adoptaron hasta 2013 algunas medidas en beneficio de los hogares pobres; Italia también amplió la protección contra el desempleo de los trabajadores

⁶ Sobre estas cuestiones, véanse Ferrera, Hemerick y Rhodes (2000).

GRÁFICO 2

TASA DE DESEMPLEO JUVENIL (MENOS DE 25 AÑOS) EN LA EUROPA DEL DEL SUR (2008-2018)



Fuente: Eurostat (<https://ec.europa.eu/eurostat/data/database>).

“atípicos”, hasta entonces desprotegidos (Natali y Saraceno, 2017; Matsaganis, 2019).

Matsaganis y Leventi (2014) han estimado el impacto distributivo general de la crisis en los países europeos meridionales durante los años más críticos (2009-2013) tomando en consideración, por una parte, los cambios en las rentas del trabajo y las transiciones en el mercado laboral y, por otra, los efectos del sistema de tributos/impuestos-beneficios/prestaciones. Utilizando como referencia el 60 por ciento de la renta disponible equivalente de los hogares en 2008, las personas cuya renta real se encontraba en 2013 por debajo de esa línea de pobreza anclada habían aumentado en número (más en Grecia, y menos en Italia, con España y Portugal en medio). Sin embargo, dado el diferente grado en que los grupos de distinta edad se vieron afectados por el aumento de la pobreza en los cuatro países, cabe afirmar que la crisis ha cambiado la composición de la población en situación de pobreza: quienes se hallan en la parte inferior de la distribución de rentas son más jóvenes que antes de la crisis, y es más probable que se encuentren desempleados (o más parcamente retribuidos que los pen-

sionistas). Además, los que hoy se hallan en la parte inferior de la distribución de la renta son también considerablemente más pobres que los que ocupaban la misma posición antes del estallido de la crisis. En Grecia, España e Italia, la caída de la renta ha sido mayor en el quintil más pobre que en el más rico. Portugal se desvía de esta pauta, ya que la caída de las rentas ha registrado un volumen similar tanto entre los ricos como entre los pobres.

A la luz de estos datos, Matsaganis y Leventi concluyen que, aunque en los cuatro países meridionales las rentas medianas descendieron considerablemente y la pobreza anclada aumentó, sugiriendo un empeoramiento general del nivel de vida de una parte considerable de la población, el caso griego destaca por su dramatismo, en tanto que el italiano aparece como el menos perjudicado.

En cuanto a los perfiles de los sujetos que se encuentran por debajo de la línea de pobreza, se observa una marcada diferencia entre la extensión de formas de pobreza individualizada y socialmente aislada en el norte de Italia y las regiones industriales de España, y

el resto de la Europa del Sur. Los datos de “las dos Italias” ilustran bien este contraste (gráfico 3).

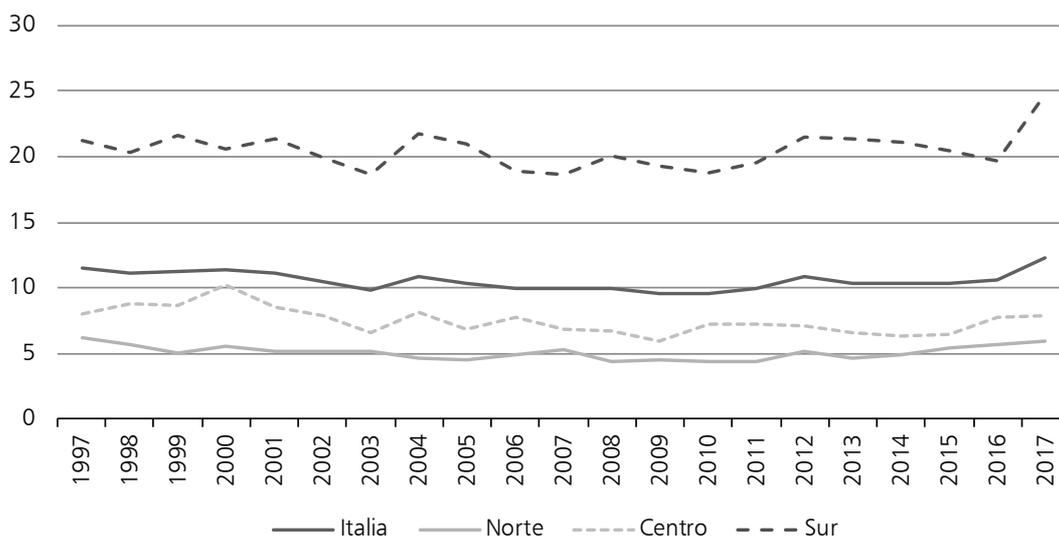
En parte del sur de Europa encontramos muchos hogares habitados por familias nucleares (con hijos) que dependen de un único ingreso, en los que la exposición al riesgo de pobreza aumenta cuando se trata de familias muy numerosas, o de familias jóvenes y sin acceso a la solidaridad familiar, o cuando incluyen miembros con dificultades específicas. La frecuente presencia de este tipo de hogares multipersonales podría llevar a pensar en la persistencia de configuraciones familiares tradicionales, pero este es un supuesto solo parcialmente correcto. Las duras condiciones a las que se enfrentan hoy las familias muy numerosas surgen en contextos diferentes de los que eran típicos de ese tipo de familias en el pasado; concretamente, en contextos más urbanos y burocratizados, más marcados por la economía de servicios y las nuevas estrategias demográficas. La familia de muchos miembros afronta riesgos, pero su presencia se debilita porque la respuesta demográfica a la sobrecarga familiar se resume en un fuerte descenso de la de natalidad. En definitiva, la

pobreza tiende a concentrarse en las familias nucleares con dos o tres descendientes dependientes, que viven de un solo ingreso bajo o discontinuo, situadas en contextos de bienestar ineficientes o pobremente equipados, donde la red familiar no existe o puede ofrecer poco, mientras que los servicios públicos (escuelas, hospitales, transportes, cuidados domésticos, guarderías etc.) escasean o son de baja calidad. El riesgo aumenta cuando uno o más miembros dependientes sufren serios problemas y cuando el cabeza de familia se encuentra en situación de desventaja desde un punto de vista ocupacional.

En todos estos casos, el riesgo de quedar atrapado en un circuito intergeneracional perverso es elevado. Ni la familia ni el Estado, con su oferta residual de protección, pueden resolver los problemas, por lo que los hijos crecen en contextos desfavorecidos, abandonan tempranamente la escuela o disfrutan de menos oportunidades para elevar su nivel educativo y cualificaciones profesionales. Por tanto, como adultos jóvenes se enfrentan con escasos recursos personales y bajos niveles de cualificación a un mercado de trabajo selectivo, quedando a menudo condenados a carreras laborales inestables.

GRÁFICO 3

LA POBREZA EN ITALIA SEGÚN GRANDES ÁREAS (1997-2017)



Fuente: Eurostat (<https://ec.europa.eu/eurostat/data/database>).

Este tipo de sujetos pobres se hallan relativamente más concentrados en los barrios más desfavorecidos de las grandes ciudades y nos recuerdan, en ciertos aspectos, al perfil de los menesterosos en los *ghettos* americanos (Wilson, 1993). No obstante, la utilización de esta analogía tiene sus límites, toda vez que, en el caso de la Europa meridional, no se trata de minorías aisladas, sino de grupos que sufren una discriminación institucional menos rigurosa y cuyos modelos de referencia son más abiertos (Morlicchio, 1996). Las diferencias que muestran los pobres en la Europa del Sur respecto a los residentes en los *ghettos* americanos afectan asimismo al modelo demográfico, a la familia, a la comunidad y a la solidaridad voluntaria, como también a la importancia de la actividad laboral informal. Incluso en las familias más pobres y en los barrios más infortunados de la Europa meridional predomina la pauta de matrimonio/cohabitación, procurando más estabilidad familiar que en otros lugares de Europa. Por añadidura, fenómenos indicativos de una ostensible debilidad familiar, como los embarazos a edades tempranas, son raros. La familia y la solidaridad familiar son todavía fuertes y abundan las oportunidades para llevar a cabo trabajo informal como un modo de cimentar los recursos económicos de la familia.

Pero además de estos perfiles de pobreza, en los países de la Europa meridional también se observa un número creciente de sujetos con dificultades y socialmente aislados. Son, en gran medida, jóvenes, familias monoparentales, gente sin hogar e inmigrantes precariamente insertados en el mercado de trabajo, excluidos del bienestar, con problemas de vivienda e integración. La pobreza y la discriminación que sufren los inmigrantes, así como las dificultades que afrontan las segundas generaciones de inmigrantes también se han convertido en problemas serios en los países del sur de Europa. Este perfil de inmigrantes en situación de pobreza se encuentra, sobre todo, en el norte de Italia y en las regiones industriales de España, pero cobra creciente presencia por doquier. También las formas de pobreza que implican procesos de descenso individualizado pueden entenderse como una respuesta de las familias a la sobrecarga que padecen. Con todo, estos síndromes se hallan bastante menos extendidos que en otros contextos europeos, sobre todo, porque el modelo matrimonial y la tradición de solidaridad voluntaria e informal son más persistentes

en la Europa del Sur. Por lo demás, al extenderse sobre un área amplia, el efecto agravante de la concentración territorial se evita. Ahora bien, el hecho de que estas formas de pobreza proliferen menos que en otros contextos no puede ocultar lo duras y angustiosas que pueden llegar a ser. El aislamiento social y el abandono tienen repercusiones peligrosas precisamente porque el modelo de bienestar se basa más en la solidaridad informal y muestra insuficiencias en los programas y servicios públicos de reinserción social. Para concluir, veamos rápidamente cómo reaccionan los Estados de bienestar de los países meridionales de Europa ante los nuevos riesgos de pobreza y exclusión social.

5. POLÍTICAS SOCIALES Y LUCHA CONTRA LA POBREZA Y LA EXCLUSIÓN SOCIAL

Como hemos visto arriba, donde encontramos hiperfamilismo, el Estado débil funciona con flema y encuentra dificultades para sacar adelante reformas nacionales y cambios institucionales, así como también para desarrollar servicios y prestaciones de bienestar e inclusión social (que delega en la familia y organizaciones sin ánimo de lucro). Tanto la expansión moderada, pero creciente, de caídas individuales, como los tipos dominantes de pobreza familiar urbana, son síntomas del fracaso de la combinación de Estados débiles y familias o comunidades sobrecargadas. De resultados de la crisis, el sistema familiar es cada vez más incapaz de hacer frente a esa sobrecarga. Además, con el avance de la ideología neoliberal y las rigurosas restricciones fiscales impuestas por la Unión Europea, los Estados cuentan cada vez con menos recursos y legitimidad para manejar las nuevas formas de pobreza mediante el gasto público.

Durante los años noventa, Portugal y España siguieron las recomendaciones que formuló la Unión Europea en 1992 sobre la introducción de alguna forma de ingreso mínimo para los más necesitados; Portugal, sobre una base nacional, y España, sobre una base regional (es decir, aceptando la existencia de amplias diferencias territoriales). Por el contrario, Grecia e Italia evitaron introducir esquemas similares hasta hace poco, y ello por los

recortes significativos del gasto social impuestos por la Troika (en Grecia) y porque se optó por reforzar las formas tradicionales de protección, es decir, el modelo del “varón sustentador” (en Italia).

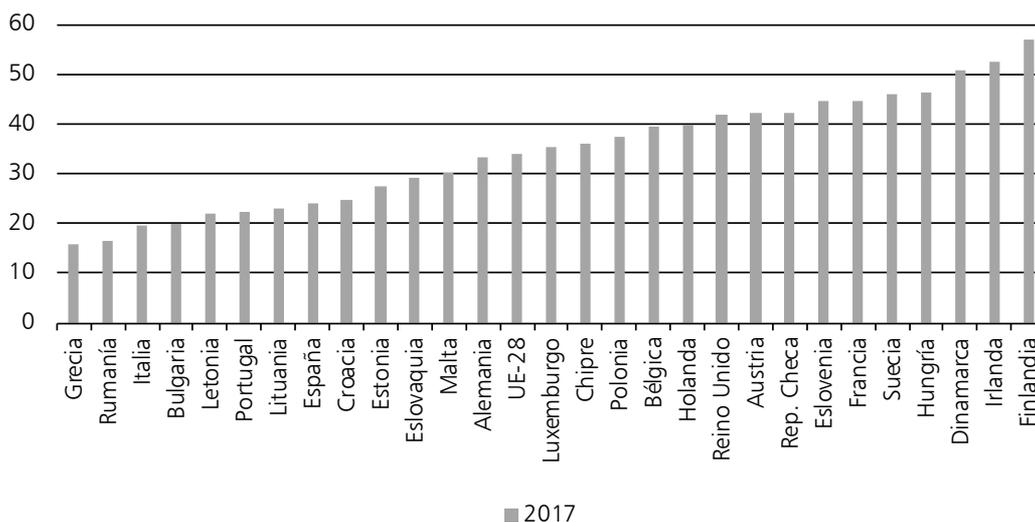
En cualquier caso, en la Europa meridional el apoyo/la inclusión que ofrece el ingreso mínimo se halla todavía muy centrado en la familia, en la medida en que el derecho de acceso a esta prestación social depende de las características de las familias antes que de las de los individuos. A estos programas subyace, por tanto, la lógica de equilibrar un Estado débil, las nuevas necesidades de la pobreza cambiante, los vínculos de reciprocidad y la decreciente capacidad de la familia para cuidar a sus miembros. De hecho, no es casual que en estos países, al igual que en otros de la Europa del Este, el impacto de las transferencias sociales sobre la pobreza sea más débil, como permite comprobar el gráfico 4.

Surgen asimismo complicaciones considerables en materia de asignación, especialmente si tomamos en cuenta la relación entre las restricciones (un Estado débil y unos recursos limitados; en algunos casos, incluso decrecientes) y

las expectativas (coordinación estatal y uso del tercer sector). La tradición de intervención independiente, propia de las instituciones filantrópicas, ostenta de hecho características básicas escasamente compatibles con un pensamiento universalista del bienestar: las organizaciones del tercer sector intervienen todavía conforme a lógicas selectivas y mediante aproximaciones muy especializadas. Bajo el supuesto de que las sociedades actuales podrían disponer cada vez de más recursos de solidaridad voluntaria, no es raro albergar la expectativa de una expansión del tercer sector a través de iniciativas innovadoras y de un alivio gradual de la tensión entre, por una parte, la autonomía y particularidad de la intervención voluntaria y, por otra, la necesidad de asegurar protección para todos los sujetos en situación de dificultad. Sin embargo, este es un trayecto de largo recorrido en el que la implementación de los programas de ingreso mínimo representa solo un área de experimentación sobre la cual recaerán inevitablemente todas las dificultades y los límites de la situación presente. Lo cierto es que, en la actualidad, la capacidad estatal de coordinación es cuestionable y, tal como está estructurado, el tercer sector, en general, se halla demasiado subdesarrollado para responder efectivamente

GRÁFICO 4

IMPACTO DE LAS TRANSFERENCIAS SOCIALES EN LA POBREZA (% DE REDUCCIÓN DE LA POBREZA ANTES Y DESPUÉS DE LAS TRANSFERENCIAS SOCIALES, 2017)



Fuente: Eurostat (<https://ec.europa.eu/eurostat/data/database>).

a los requerimientos que plantean las formas de pobreza que surgen en la intersección de un Estado débil y unas familias sobrecargadas.

Tal como han argumentado Negri y Saraceno (2018: 131), “ (...) cabría argumentar que el proceso de recalibración en estos países se detuvo antes de emprender una reforma real del paradigma político existente que lo impulsara hacia un mayor universalismo y/o inversión social (...).” Ciertamente, una recalibración limitada está teniendo lugar para afrontar nuevos riesgos. No obstante, los Estados débiles son incapaces de completar reformas y hacer frente a la fragmentación sociopolítica y los intereses particularistas. Las políticas neoliberales, la austeridad y las reglas de control fiscal europeas no están favoreciendo el cambio del modelo de bienestar característico de la Europa del Sur. Antes bien, en los últimos años la austeridad ha erosionado la principal institución universalista que los países de la Europa meridional fueron capaces de erigir: el servicio nacional de salud.

En la etapa actual, aun cuando algunas innovaciones institucionales y sociales cobran visibilidad, sobre todo en contextos urbanos dinámicos (Andreotti y Mingione, 2016; Vicari y Mingione, 2017), cuesta ser optimista respecto a las perspectivas de bienestar social en los países de la Europa del Sur. La Italia meridional representa un caso especialmente dramático, con los niveles más bajos de empleo y los más altos de desempleo en Europa y una seria crisis demográfica, dado el creciente número de jóvenes formados que emigran. Ante esta situación, ni el gobierno nacional ni los gobiernos locales hacen mucho, mientras que la conciencia del problema en la opinión pública y la movilización política brillan por su ausencia. La Italia meridional es un caso particularmente preocupante, pero da una idea de los graves problemas que afrontan los países de la Europa del Sur en estos años.

BIBLIOGRAFÍA

ANDREOTTI, A. y MINGIONE, E. (2016). Local welfare systems in Europe and the economic crisis. *European Urban and Regional Studies*, 23(3), pp. 252-266.

ARRIGHI, G. (2009). China's market economy in the long run. En: H. HUNG (Ed.). *China and the*

transformation of global capitalism. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, pp. 22-49.

ARTS, W. y GELISSEN, J. (2002). Three worlds of welfare capitalism or more? A state-of-the-art report. *Journal of European social policy*, 12(2), pp. 137-158.

BALDINI, M., BUSILACCHI, G. y GALLO, G. (2018). Da politiche di reddito minimo a sistemi integrati nel contrasto alla povertà? Un'analisi di dieci paesi europei. *Rivista delle Politiche Sociali*, 2, pp. 189-211.

BENASSI, D. y MORLICCHIO, E. (2019). New Urban Poverty. En: *The Wiley Blackwell Encyclopedia of Urban and Regional Studies*. (<https://doi.org/10.1002/9781118568446.eurs0466>).

BENASSI, D. y MINGIONE, E. (2019). Welfare Capitalism. En: *The Wiley Blackwell Encyclopedia of Urban and Regional Studies* (<https://doi.org/10.1002/9781118568446.eurs0412>).

BONOLI, G. (1997). Classifying welfare states: a two-dimension approach. *Journal of Social Policy*, 26(3), pp. 351-372.

CASTEL, R. (1995). *Les métamorphoses de la question sociale: une chronique du salariat*. París: Fayard.

ESPING-ANDERSEN, G. (1990). *The Three Worlds of Welfare Capitalism*. Cambridge: Polity Press.

— (1999). *Social Foundations of Postindustrial Economies*. Oxford: Oxford University Press.

— (Ed.) (1996). *Welfare states in transition: National adaptations in global economies*. Londres: Sage.

EVERS, A. y LAVILLE, J. L. (2004). *The Third Sector in Europe*. Cheltenham: Edward Elgar.

FARGION, V. (1998). *La geografia della cittadinanza sociale*. Bolonia: Il Mulino.

FERRERA, M. (1996). The 'Southern model' of welfare in social Europe. *Journal of European Social Policy*, 6(1), pp. 17-37.

— (1998). *Le trappole del Welfare*. Bolonia: Il Mulino.

— (2010). The South European countries. En: F. G. CASTLES, S. LEIBFRIED, LEWIS, H. OBINGER, y C. PIERSON (Eds.). *The Oxford Handbook of the welfare state*. Oxford: Oxford University Press.

FERRERA, M., HEMERIJCK, A. y RHODES, M. (2000). *The future of social Europe: Recasting work and welfare in the new economy*. Oeiras: Celta Editora.

FLORA, P. (Ed.) (1986). *Growth to limits. The Western European welfare states since World War II (4 vol.)*. Berlín, Nueva York: De Gruyter.

FLORA, P. y HEIDENHEIMER, A. (Eds.) (1981). *The development of welfare states in Europe and America*. New Brunswick, NJ: Transaction Press.

GUILLÉN, A. M. y GONZÁLEZ BEGEGA, S. G. (2019). Spain. En: S. ÓLAFSSON, M. DALY, O. KANGAS, y J. PALME, *Welfare and the Great Recession: A comparative study*. Oxford Scholarship Online.

GUILLÉN, A. M. y LEÓN, M. (Eds.) (2011). *The Spanish welfare state in European context*. Londres: Ashgate.

HELGASON, A. F. (2019). *Welfare and the Great Recession*. Oxford: Oxford University Press.

KARAMESSINI, M. (2008). Continuity and change in the southern European social model. *International Labour Review*, 147(1), pp. 44-69.

KAZEPOV, Y. (1996). *Le politiche locali contro l'esclusione sociale*. Roma: Istituto Poligrafico dello Stato.

LEON, M. y PAVOLINI, E. (2014). Social investment or back to 'familism': the impact of the economic crisis on family and care policies in Italy and Spain. *South European Society and Politics*, 19(13), pp. 353-69.

MARÍ-KLOSE, P. y MORENO-FUENTES, F. J. (2013). The Southern European welfare model in the post-industrial order: still a distinctive cluster? *European Societies*, 15(4), pp. 475-492.

MATSAGANIS, M. (2019). Greece: The crisis, austerity and the transformations of the welfare state. En: S. ÓLAFSSON, M. DALY, O. KANGAS, y J. PALME,

(Eds.), *Welfare and the Great Recession*. Oxford: Oxford University Press.

MATSAGANIS, M. y LEVENTI, C. (2014). The distributional impact of austerity and the recession in southern Europe. *South European Society and Politics*, 19(3), pp. 393-412.

MINGIONE, E. (1993). *Las sociedades fragmentadas* (Colección Economía y Sociología del Trabajo). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

— (1995). Labour market segmentation and informal work in Southern Europe. *European Urban & Regional Studies*, 2 (2), pp. 121-143.

— (Ed.). (1996). *Urban poverty and the underclass. A reader*. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons.

— (1997). *Sociologia della vita economica*. Roma: Nuova Italia Scientifica.

— (2018). The double movement and the perspectives of contemporary capitalism. En: A. ANDREOTTI, D. BENASSI y Y. KAZEPOV (Eds.). *Western capitalism in transition. Global processes, local challenges*. Manchester: Manchester University Press (pp. 291-306).

MORENO L. (2004). Spain's transition to new risks: a farewell to "superwoman". En: P. TAYLOR-GOOPY (Ed.). *New risks, new welfare. The transformation of the European welfare state*. Oxford: Oxford University Press.

— (2006). The model of social protection in Southern Europe. Enduring characteristics? *Revue française des affaires sociales*, 5, pp. 73-95.

MORLICCHIO, E. (1996). Exclusion from work and the impoverishment processes in Naples. En: E. MINGIONE (Ed.). *Urban Poverty and the Underclass: A Reader*, John Wiley & Sons, pp. 325-342.

— (2012). *Sociologia della povertà*. Bolonia: Il Mulino.

GAMBARDELLA, D. y MORLICCHIO, E. (Eds.) (2005). *Familismo forzato: scambi di risorse e coabitazione nelle famiglie povere a Napoli*. Roma: Carocci.

NALDINI, M. y SARACENO, C. (2008). Social and family policies in Italy: Not totally frozen but far from structural reforms. *Social Policy & Administration*, 42(7), pp. 733-748.

— (2017). The impact of the great depression on child poverty. The case of Italy. En: B. CANTILLON, Y. CHZHEN, y S. HANDA (Eds.). *Children of austerity*. Oxford: Unicef/Oxford University Press, pp. 170-190.

NEGRI, N. y SARACENO, C. (2018). The Mediterranean welfare states between recalibration and a change in cultural paradigm. En: A. ANDREOTTI, D. BENASSI y Y. KAZEPOV (Eds.). *Western capitalism in transition*. Manchester: Manchester University Press, pp. 127-144.

O'CONNOR, J. (1973). *The fiscal crisis of the state*. Londres: Routledge.

PIORE, M. y SABEL, C. (1984). *The second industrial divide*. Nueva York: Basic Books.

POLANYI, K. (1944). *The great transformation*. Nueva York: Farrar & Rinehart.

RIMLINGER, G. (1971). *Welfare and industrialization in Europe, America and Russia*. Nueva York: John Wiley and Sons.

SARACENO, C. (1998). *Mutamenti della famiglia e politiche sociali in Italia*. Bolonia: Il Mulino.

— (2017). Southern European welfare regimes: from differentiation to reconvergence. En: P. KENNETT y N. LENDVAI-BAINTON, (Eds.). *Handbook of European Social Policy*. Cheltenham: Edward Elgar, pp. 218-229.

SASSEN, S. (2014). *Expulsions*. Harvard: Harvard University Press.

TILLY L. A. y SCOTT J. W. (1987). *Women, work and family*. Nueva York y Londres: Methuen.

TITMUSS, R. (1958). *Essays on the Welfare State*. Londres: Allen and Unwin.

— (1976). *Commitment to welfare*. Londres: Routledge.

TRIFILETTI, R. (1999). Southern European welfare regimes and the worsening position of

women. *Journal of European social policy*, 9(1), pp. 49-64.

VICARI HADDOCK, S. y MINGIONE E. (2017). Innovazione sociale e città. *Sociologia Urbana e Rurale XXXIX (113)*, pp. 13-29.

WILSON, W. J. (Ed.). (1993). *The ghetto underclass*. Londres: Sage.